

bel¹. Y, al sentirlo, comprende desde entonces su destino de abrazar en su corazón de madre á todos los que Jesús adopta por hermanos. Los niños figuran entre sus hijos predilectos, porque adivina ya la predilección del Salvador por ellos². Si así no fuera, ¿por qué, no contento con hacerse hombre, habría querido hacerse niño³? Mas no olvidéis que, si Jesús ama señaladamente á la niñez, es por las virtudes que suelen adornarla, pues él mismo dice: *De los tales es el reino de los cielos*⁴, es decir, de los puros, candorosos, humildes y amorosos con sus padres, de los que guardan hasta en edad madura las gracias encantadoras de la niñez, y particularmente de los que, hasta el último suspiro, aman y sirven á María como hijos amantísimos.

13. Hacedlo así vosotros, tomando por modelo de vuestra conducta al mismo Hijo de Dios que, en este gran día, quiso honrar á la excelsa Virgen con el título de Madre suya. Él no la olvidó jamás: no deja de honrarla, aún en el cielo, teniéndola colocada á la diestra de su gloria. Así también el niño de hoy, fervoroso congregante de la Virgen, no olvidará, hombre mañana, la parte que en su educación le cupo á la tierna devoción que desde entonces profesaba á su querida Madre, María Santísima; y, al recordarlo, sentirá un santo orgullo en honrar y bendecir hasta el postrer suspiro á la Reina de los cielos, admiración, modelo y esperanza de sus congregantes.

¹ Luc. 1, 41.

² *Sinite parvulos, etc.* (Marc. 10, 14).

³ *Parvulus natus est nobis* (Is. 9, 6).

⁴ Matth. 19, 14.

SERMÓN PARA LA FIESTA DE LA PURIFICACIÓN DE MARÍA

(predicado en Medellín, 1889).

El misterio de la humildad de María.

Respexit humilitatem ancillæ suæ.

Luc. 1, 48.

1. Á través de los misterios de la Santísima Virgen que celebra la Iglesia católica con especial aparato de solemnidad, alcanza á vislumbrar el alma religiosa las principales prerrogativas y como las fases más brillantes de ese astro de los cielos, objeto eterno de la complacencia de Dios y de la admiración del hombre. De aquí el carácter especial y como el colorido que distingue á cada una de esas grandes festividades de María. No me negaréis, cristianos oyentes, para no hablar más que de aquellas que señalan los puntos culminantes de la carrera de ese astro celestial, que la fiesta de su Concepción purísima sea la de su incomparable belleza, como que, al sólo ver ese prodigio de una mujer concebida sin mancha, no podemos dejar de exclamar con dulce arrobamiento: *Tota pulchra!* Así también, al contemplarla en su retrete de Nazaret sorprendida por la presencia del Arcángel que la saluda llena de gracia, anunciándole el gran misterio de la Encarnación del Verbo, que ha decretado hacer de ella su madre verdadera, no puede menos el entendimiento de medir por la excelencia de esta dignidad la grandeza de la Virgen-Madre, sublimada á una altura rayana en lo divino. Finalmente cuando, llegada al brillante ocaso de su vida, vemos á la gran Señora salir triunfante del sepulcro y elevarse á las regiones etéreas en alas de los ángeles, hasta llegar en su ascensión á ser coronada por Reina

de todas las criaturas, nuestra admiración por María sube de punto calculando la inmensidad de la gloria que le corresponde en el cielo. Así es como las festividades de la Santísima Virgen nos la presentan, ora como la más bella, ora como la más grande y gloriosa de las hechuras del Altísimo.

2. Necesario parece, hermanos míos, que haya algún misterio en la vida de la misma Virgen que nos dé á conocer el cimiento de tanta grandeza y tan excelsa gloria, siendo ley natural que las grandes construcciones y altísimos edificios descansen sobre profundos é incontrastables cimientos. Tanto más debe de ser esto así, cuanto que Dios ha establecido una ley semejante en las obras sobrenaturales, queriendo que se junten el cielo con la tierra, la mayor altura con la mayor profundidad¹. ¿Cuál será, pues, ese misterio, sino aquel en que aparece de lleno la humildad de María, esa virtud fundamental de la vida y perfección cristianas, cimiento de la gloria sobrenatural? Pues bien, este misterio, á mi ver, no es otro que el que con tanta pompa y devoción celebra Medellín, de acuerdo con sus benditas tradiciones: el de la Purificación de María en el templo de Jerusalén, ó sea el de la *Virgen de la Candelaria*. En efecto, amados fieles, aunque en la existencia de la Santísima Virgen no haya habido un solo día ni un instante siquiera, no marcado con el sello de la humildad, virtud tan característica de aquella que, siendo Madre de Dios, se tuvo siempre en concepto de esclava del Señor, y como tal no cesó de engrandecer al que la hizo tan grande y tan perfecta, entonando sin cesar el cántico de su humildad: *Magnificat*

¹ *Ima summis, humanis divina iunguntur* (Eccl.).

*anima mea Dominum*¹; eso no obstante, es innegable que en ninguna otra ocasión apareció María más humilde que en su Purificación, porque en ninguna otra se vió más humillada. Y, como quiera que este exceso de humillación fué escogido libremente y abrazado por la Virgen, claro es que en el misterio de este día resalta como en ningún otro su portentosa humildad. Esto es lo que me propongo haceros ver en el presente discurso á fin de que comprendáis mejor, no sólo cuán legítimas son las glorias de María, como fundadas sobre tan firme base, sino también cuán necesaria es esta virtud cristiana para alcanzar la gloriosa recompensa á que todos aspiramos. Veremos por tanto cómo la humildad de María en el misterio de su Purificación fué la más profunda, la más meritoria y también la más glorificada. Imploremos, etc. *Ave Maria*.

I.

3. Humillación, y muy grande, era para todas las madres en lo antiguo el cumplimiento de la ley de la purificación. Según ella la mujer que, habiendo concebido de varón, había dado á luz un niño, debía considerarse como inmunda, y como tal no podía pisar los umbrales del santuario hasta haber cumplido el plazo de su purificación, á los cuarenta días del alumbramiento². Por medio de la ceremonia legal que se celebraba en el templo, mediante la oración del sacerdote, y la ofrenda prescrita, la mujer que había sido madre según el orden natural, quedaba purificada de la mancha contraída en aquel acto, ya por haber dado un ser inficionado con el pecado original, ya por haberse

¹ Luc. 1, 46.

² Lev. 12, 2.

contaminado con la inmundicia inherente á la condición de la maternidad. Sea lo que quiera del significado de la palabra *pecado* de que debía purificarse la mujer á consecuencia del parto, y aunque ella no designe, según la común opinión, otra cosa que la pena del pecado de origen¹, es manifiesto que la necesidad de redimirse de tal pena constituía una verdadera humillación para la madre y el hijo. Éste parecía exclamar con el profeta: *¡He aquí que he sido concebido en la iniquidad, y en el pecado me dió el ser mi madre!*² Ésta no podía levantar la cabeza, á pesar de su dignidad de madre, porque, como acaecía al mismo profeta, *su pecado estaba siempre delante de sus ojos*. La humillante condición de pecador que llevaba el niño, estampada en la frente, aún pasada la circuncisión, reflejaba dolorosamente en el rostro de la madre. Madre é hijo sufrían el sonrojo inseparable de la transmisión de la naturaleza humana decaída. Y no hago mérito de otra suerte de humillación que en especiales circunstancias concurría en aquella ceremonia, y concurrió en el caso de María, cual era la de exhibir la pobreza de su condición, la que, no pudiendo ofrendar como los ricos un hermoso cordero, tenía que pasar por la vergüenza de ofrecer dos tortolillas ó un par de pichones.

4. Trasladaos ahora, cristianos oyentes, al templo de Jerusalén en el momento en que una joven madre de extraordinaria belleza y majestuosa como una reina, va entrando por sus puertas con un niño en los brazos que roba al paso todas las miradas y los corazones de los circunstantes. ¿Quién dijera que esa madre, semejante en lo exterior á las demás allí reunidas para

¹ Cartagena, Hom. sacram. lib. 8, hom. 2.

² Ps. 50, 7.

cumplir el rito de la purificación, era nada menos que la Madre del Unigénito Hijo de Dios hecho hombre para redimir á los hombres? ¿Quién pensara que esa hermosa israelita de traje igual á las demás hebreas, acompañada solamente de un venerable anciano, su esposo, era precisamente la Reina de todas las criaturas, aquella en quien el Omnipotente había ejecutado la obra más portentosa de su diestra, la Encarnación de su Verbo bajo la sombra misteriosa de su Espíritu? Nada hay en rededor de ella que revele de algún modo su grandeza superior á todas las grandezas; nada, que indique su dignidad incomparable y asombrosa, totalmente oculta á la vista de los hombres: nada, en fin, que haga siquiera sospechar sus admirables prerrogativas. Mas ¿por qué Dios no manifiesta la realidad de las cosas? ¿por qué la misma Virgen no revela quién es, no se da á conocer para glorificar al mismo Dios? ¡Ah! ¡qué diferentes son los juicios del Señor de los consejos de los hombres! El Dios que ha bajado á la tierra para ser abatido y anonadado, no quiere que se descubran todavía las excelencias de su Madre, porque *es necesario llenar toda justicia*¹; porque quiere que ella sea su compañera de humillaciones ahora, á fin de que lo sea más tarde de su gloria. Él mismo en forma de tiernecito infante de cuarenta días, va en brazos de su madre, como cualquier otro primogénito nacido de mujer, para ser presentado al Señor y redimido por el vil precio de cinco siclos, para cumplir la ley mosaica en la parte que le concierne: *Sanctifica mihi omne primogenitum*². Jesús quiere aparecer á los ojos de aquel pueblo como manchado con el pecado de origen, tanto en la Circuncisión

¹ Matth. 3, 15.

² Ex. 13, 2.

como en la Presentación en el templo. ¿Qué mucho que María, Madre de Jesús, consienta á su vez en parecer sujeta á la pena del pecado impuesta á la mujer que ha dado á luz? ¡Cuán lejos está la humildísima Virgen de querer que brillen á los ojos del mundo sus títulos y prerrogativas! He aquí la prueba más concluyente de la profunda humildad de María en su Purificación.

5. En efecto ¿qué amor del propio desprecio no muestra la que, siendo tan grande, quiere aparecer tan pequeña; la que, siendo única y bienaventurada entre todas las mujeres¹, escoge pasar por una de tantas mujeres plebeyas? Pongárese en buena hora la humildad de David que, siendo rey de Israel, quiso envilecerse é igualarse con la gente común bailando delante del Arca, por lo cual mereció el desprecio y la burla de la orgullosa Micol². Pero ¡oh! ¡cuánto mayor fué la humildad de esta hija de David en el acto de confundirse con el vulgo de las madres, sin dejar indicio por donde adivinarse pudiera su dignidad más que real, su carácter de Madre de Dios! David no se envileció realmente ejecutando aquel acto de religiosa piedad que antes le engrandecía, aun delante del pueblo judío; pero ¿quién no reconoce la realidad de la humillación de María al someterse á una ceremonia que la rebajaba en la opinión común al nivel de las mujeres manchadas? ¡Á ella, la más pura entre las vírgenes castísimas! Para poder formarse alguna idea de la grandeza de esta humillación voluntaria, sería preciso tenerla de la eximia puridad del alma y cuerpo de la intemerata Virgen-Madre de Dios; sería necesario saber apreciar los quilates de aquella

¹ Luc. 1, 42.

² 2 Reg. 6, 20.

integérrima virginidad, acrisolada, como sienten los Padres, en la concepción del Verbo y en el parto virginal. Y ¿quién será capaz de comprender esta excelencia de María? «En tres cosas, dice el Angélico Doctor, excedió María, no sólo á los hombres sino á los mismos ángeles; es á saber, en la plenitud de gracia, en la familiaridad de Dios y en la pureza.»¹ ¡Oh pureza más que angélica de la Santísima Virgen! ¿qué más puede decirse en tu alabanza? Pues todavía se eleva más el pensamiento y el discurso de San Anselmo cuando afirma, como habréis oído tantas veces, que era conveniente que la Virgen resplandeciese con tal grado de pureza, que otra mayor bajo de Dios no pudiese concebirse. Y en iguales términos dice categóricamente San Andrés Cretense: *María está por encima de todos, excepto sólo Dios*². No puede, según esto, añadirse un ápice de perfección á la pureza de María. Y la razón de esta pureza suma, según lo indica Santo Tomás en las palabras arriba citadas, es aquella íntima familiaridad con Dios de que gozó la Virgen, en su calidad de Madre propia y verdadera, puesto caso que Aquel que es fuente de toda pureza y santidad, no puede menos de purificar y santificar cuanto toca.

6. Y así se entiende, hermanos míos, cómo el sagrado parto tan lejos estuvo de empañar aquella pureza sobreangélica, que antes la acrecentó más y más, si acaso cabía en ella perfección y aumento. Bastaba para que así sucediese, que el parto, lo mismo que la concepción, hubiera sido milagroso y virginal, como lo fué en efecto, quedando María siempre virgen entre los

¹ S. Thom. opusc. 4, apud *Cartagena*.

² Apud *Cartagena* lib. 8, hom. 1.

gozos y esplendores de la más augusta maternidad: *Gaudia matris habens cum virginitatis honore*¹, siendo por este título la criatura única sin ejemplar ni imitadora. Mas ¿por qué tal privilegio, que exigía nada menos que el esfuerzo del brazo omnipotente, sino porque el hijo de María era *el Santo de los santos*², el natural Hijo de Dios, cuya Encarnación no podía ser obra sino del Espíritu Santo?³ Por esto el elocuente San Bernardo hace hablar á María en esta fiesta en los términos siguientes, como discurriendo consigo: «¿Qué necesidad tengo yo de purificación? ¿por qué me he de privar de la entrada en el templo, habiendo sido mi vientre virginal consagrado templo del Espíritu Santo? ¿Por qué no entraré en el templo, yo madre del Señor del templo? Nada ha habido en esta concepción y en este parto que no sea puro y santo; nada que necesite purificación, siendo mi hijo la fuente de toda pureza y el que ha venido á lavar toda culpa. ¿Qué ha de limpiar la observancia de la ley, en mí que con el mismo immaculado parto he quedado más pura que nunca?» Por donde creen unánimemente los doctores que la Virgen Santísima no estaba sujeta á la ley de la purificación, como sería fácil demostrarlo con muchas y sólidas razones⁴, bastando por todas la sencilla observación de las palabras textuales de la ley mosaica. Así lo siente Eusebio Emiseno que dice: «Escrito está en la ley de Moisés, que la mujer que habiendo concebido de varón, diere á luz á un niño, será tenida por inmunda. Esta ley no comprende á la bienaventurada Virgen, la cual, sin obra

¹ Ecclesia in fest. B. M. V.

² Luc. I, 35. ³ Matth. I, 20.

⁴ Vide *Cartagena* l. c.: «Tota Patrum antiquitas unanimi consensu docuit.»

alguna de varón, concibió virgen y fué virgen en el parto. Esta diferencia de María y las demás mujeres quiso dar á entender el gran legislador expresando el modo de la concepción ordinaria.» Sabiamente advierte el mismo escritor que no podía decirse de María aquello de la ley: «No tocará nada sagrado,» siendo así que la Virgen no sólo tocaba lo más sagrado, al Santo de los santos, estrechándolo en su regazo, sino que, después de haberlo llevado nueve meses en su seno, lo alimentaba con la leche de sus pechos virginales.

7. Ahora bien, hermanos míos: una Virgen tan pura como la luz del cielo, y que estimaba tanto la pureza que debía de serle odiosa hasta la sombra del pecado, ¿á qué extremo de humildad no descende, sujetándose á una ley dictada para las madres comunes, y por el mismo caso exhibiéndose como otra cualquiera, necesitada de purificarse legalmente de manchas que de ningún modo había contraído? No es ésta aquella humildad de corazón tan recomendada por el divino Maestro?¹ ¿Y no es éste el supremo grado á que puede llegar tan heroica virtud? Porque notad bien, amados fieles, dos clases ó maneras de humildad que distingue San Bernardo²: una producida en nosotros por la verdad, otra formada solamente por la caridad. ¿Quién hay que no se humille de la primera manera, esto es, en fuerza del conocimiento de la vileza propia? Abrahán, el gran patriarca de quien dijo el Espíritu Santo por el Eclesiástico: *No se halló otro á él semejante en la guarda de la ley del Altísimo*³, apenas se atrevía á hablar con el Señor, diciendo que era polvo y ceniza. No es pequeña virtud ciertamente expresarse así cuando

¹ Matth. 11, 29.

² Serm. 42 in Cantica.

³ Eccli. 45, 20.